

La calle para el jueves 9 de diciembre de 2010

Diario de un espectador

Vargas Llosa

Miguel ángel granados chapa

Listo para recibir mañana el Premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa hizo ya en Estocolmo el “elogio de la lectura y la ficción”, un documento literario digno de la circunstancia. Leeremos aquí, juntos, algunas de sus porciones ante la imposibilidad de reproducir sus 13 cuartillas. Lo tomamos de la versión presentada por el diario español El País, en su edición de ayer.

“Aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano, del colegio de La Salle en Cochabamba (Bolivia). Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Casi setenta años después recuerdo con nitidez cómo esa magia, traducir las palabras de los libros en imágenes, enriqueció mi vida, rompiendo las barreras del tiempo y el espacio y permitiéndome viajar con el capitán Nemo veinte mil leguas de viaje submarino, luchar junto a D'Artagnan, Athos, Portos y Aramis contra las intrigas que amenazan a la Reina en tiempos del sinuoso Richelieu, o arrastrarme por las entrañas de París, convertido en Jean Valjean con el cuerpo inerte de Marius a cuestas.

La lectura convertía el sueño en vida y la vida en sueño y ponía al alcance del pedacito de hombre que era yo, el universo de la literatura. Mi madre me contó que las primeras cosas que escribí fueron continuaciones de las historias que leía, pues me apenaba que se terminaran y quería enmendarles el final. Y acaso lo que me he pasado la vida haciendo sin saberlo: prolongar en el tiempo, mientras crecía, maduraba y envejecía, las historias que llenaron mi infancia de exaltación y de aventuras.

Me gustaría que mi madre estuviera aquí, ella que solía emocionarse y llorar leyendo los poemas de Amado Nervo y Pablo Neruda, y también el abuelo Pedro, de gran nariz y calva reluciente, que celebraba mis versos, y el Tío Lucho que tanto me animó a volcarme en cuerpo y alma a escribir, aunque la literatura en aquel tiempo y lugar alimentaba tan mal a sus cultores. Toda la vida he tenido a mi lado gentes así, que me querían y alentaban y me contagiaban su fe cuando dudaba. Gracias a ellos y también a mi terquedad y algo de suerte, he podido dedicar buena parte de mi tiempo a esta pasión, vicio y maravilla que es escribir, crear una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad, que vuelve extraordinario lo natural y natural lo extraordinario, disipa el caos, embellece lo feo, eterniza el instante y torna a la muerte en espectáculo pasajero.

No es fácil escribir historias. Al volverse palabras, los proyectos se marchitaban en el papel y las ideas e imágenes desfallecían, ¿Cómo reanimarlos? Por fortuna allí estaban los maestros para aprender de ellos y seguir su ejemplo. Flaubert me enseñó que el talento es una disciplina tenaz

y una larga paciencia. Faulkner, que es la forma —la escritura y la estructura—lo que engrandece o empobrece los temas. Martorelli, Cervantes, Dickens, Balzac, Tolstoi, Conrad, Thomas Mann, que el número y la ambición son tan importantes en una novela como la destreza estilística y la estrategia narrativa. Sartre, que las palabras son actos y que una novela, una obra de teatro, un ensayo, comprometidos con la actualidad y las mejores opciones pueden cambiar el curso de la historia. Camus y Orwell, que una literatura desprovista de moral es inhumana, y Malraux, que el heroísmo y la épica cabían en la actualidad tanto como en el tiempo de los argonautas, la Odisea y la Illiada”.